

# ¿HACIA DÓNDE VA EUROPA?

**EL 'BREXIT' ES SOLO LA ÚLTIMA MANIFESTACIÓN DE UNA CRISIS QUE EMPEZÓ SIENDO ECONÓMICA Y HA MUTADO EN EXISTENCIAL. LOS PARTIDARIOS DE LA UNIÓN NO PODEMOS PERMITIRNOS EL LUJO DE DESPERDICARLA**



**POR MIGUEL  
ORS VILLAREJO  
ILUSTRACIÓN  
DANI MARTÍNEZ**

"A MENUDO TENGO LA sensación de que asistimos al final de una era", me confiesa Loukas Tsoukalis (Atenas, 1950). "Y estoy asustado. Porque si la Unión Europea estallara... ¡Buena suerte!"

Tsoukalis preside la Fundación Helénica para la Política Exterior y Europea y ha desarrollado buena parte de su carrera docente en la London School of Economics y en Oxford, donde se doctoró con una tesis sobre la unión monetaria. Esta combinación de griego educado en el Reino Unido no es especialmente proclive al europeísmo en los tiempos que corren. Ha venido a la Fundación Rafael del Pino a dar una charla sobre el futuro de la UE, un clásico dentro del circuito internacional. Habré hecho unas cuantas entrevistas a esta subespecie de conferenciantes y suelen tener un rollo similar: cómo a partir de las ruinas humeantes de la guerra mundial el "continente oscuro" se reinventó en



un modelo de convivencia, superando un obstáculo tras otro, etcétera.

Pero Tsoukalis me sorprende francamente con su tono sombrío.

"¿Vamos a estallar de verdad?", le digo.

"Nos puede ir mal de dos maneras", me responde. "Podemos sufrir un *big bang*, aunque me parece improbable, o podemos iniciar un lento declive. Ese es el escenario más verosímil".

Lo que no les he dicho es que todo esto me lo cuenta además una semana antes del referéndum británico, cuando todos asumíamos que terminaría prevaleciendo el buen sentido. Ahora que el *brexít* se ha consumado, el historiador Timothy Garton Ash dice en *El País* que, como no cam-

bie, "la UE [...] acabará devorada por mil versiones continentales de [Nigel] Farage", el líder populista del Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP). El financiero George Soros va aún más lejos: "La desintegración de la UE [es] casi irreversible", augura en *Project Syndicate*.

**CRISIS EXISTENCIAL.** Hace unos años, Tsoukalis comparó la integración europea con un coche que subía la ladera de una colina. Al volante iba el francés, el alemán ponía la gasolina, el inglés el líquido de frenos y la Comisión se encargaba de leer el mapa. Luego empezó a montarse más gente y, en los momentos duros, daba la impresión de que no había piloto ni hoja

de ruta, el alemán se negaba a pagar más carburante y el holandés se quejaba de que el italiano le estaba clavando el codo. Pero como en aquellos épicos veraneos franquistas de *Seiscientos*, baca y tortilla de patata, al final alcanzábamos nuestro destino, sudorosos y exhaustos.

Ahora la carretera se ha vuelto más difícil y peligrosa. Ya no conduce el francés, sino el alemán, y muchos pasajeros están descontentos con sus modos bruscos. El inglés ha saltado en marcha; el finlandés propone que, ya que está abierta la puerta, aprovechemos para tirar al griego, y los bálticos, con su fe en la tecnología y en Hayek, creen que lo mejor sería dejar que el automóvil siguiera solo, guiándose con las señales que lanza el mercado.

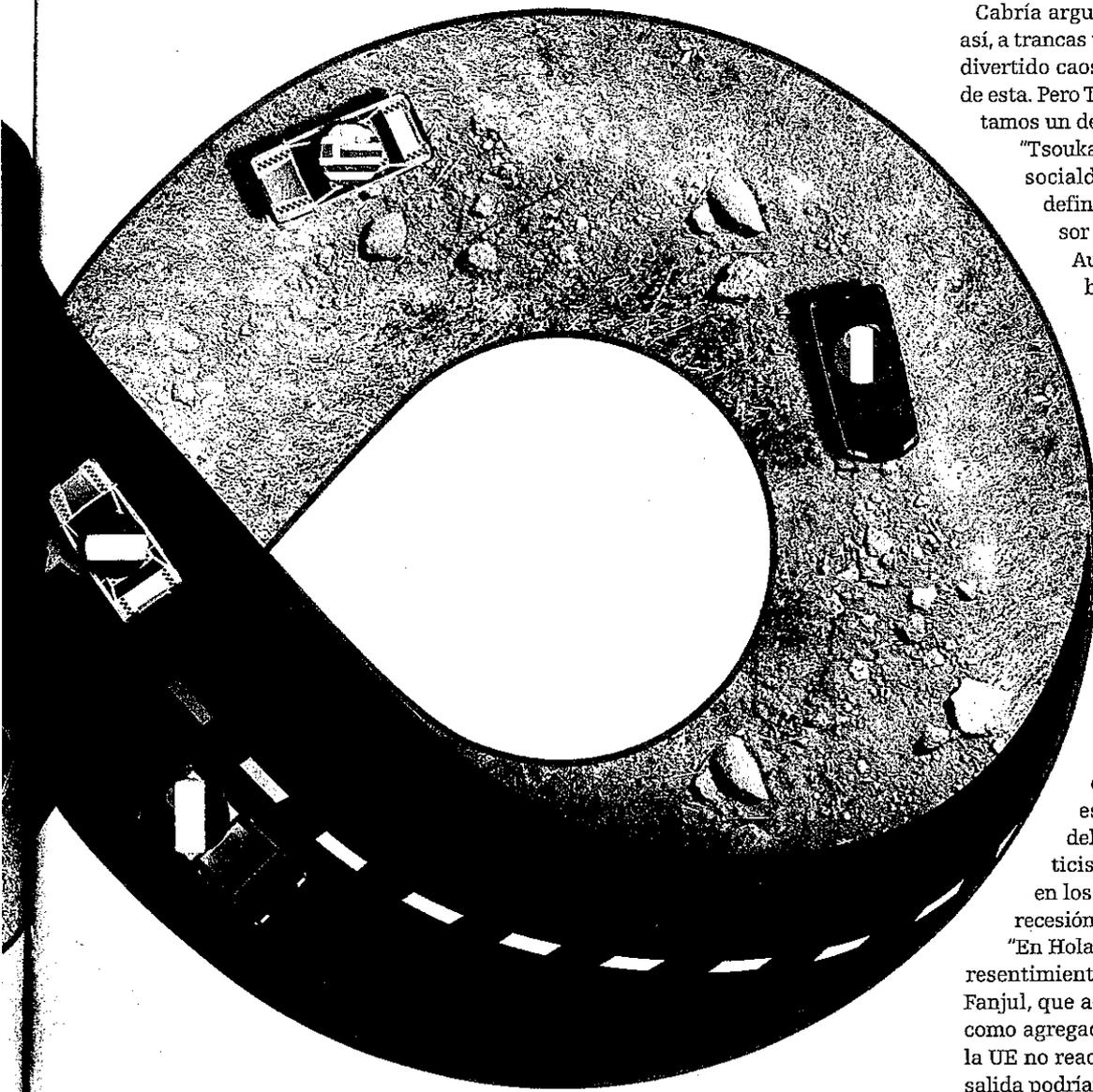
Cabría argumentar que Europa avanza así, a trancas y barrancas, en medio de un divertido caos, y que también saldremos de esta. Pero Tsoukalis se teme que afrontamos un desafío diferente.

"Tsoukalis es el más doliente de los socialdemócratas europeístas", lo define Federico Steinberg, profesor de Análisis Económico de la Autónoma. "Pero comparto bastante su diagnóstico".

"Vivimos un momento extremadamente grave", abunda un alto funcionario de Bruselas. "De repente, Europa ha dejado de ser el hada madrina que reparte fondos y becas erasmus para convertirse en la madrastra que nos regaña, nos exige reformas y nos envía a los pérfidos hombres de negro".

"Muchos británicos sienten que la Unión ya no les sirve", añade Salvador Llaudes, investigador del Real Instituto Elcano. "Y este rechazo no es exclusivo del Reino Unido. El euroescepticismo está creciendo incluso en los países que han sufrido una recesión leve".

"En Holanda se ha ido incubando un resentimiento sordo", confirma Enrique Fanjul, que acaba de agotar cuatro años como agregado comercial en La Haya. "Si la UE no reacciona, los procesos de salida podrían multiplicarse". ▶



## ¿HACIA DÓNDE VA EUROPA?

"Lo que arrancó como una crisis financiera ha mutado en una crisis existencial", sentencia Tsoukalis. El *brexit* únicamente es un síntoma más.

**SCHUMAN.** "Mucho antes del colapso de Lehman Brothers", recuerda Tsoukalis, "alerté de que [el Tratado de] Maastricht desafiaba las leyes de la gravedad".

"¿Y eso que significa?", le digo.

Básicamente, que no podía tenerse en pie. "Carecía de instituciones apropiadas, de herramientas políticas y de legitimidad", enumera estirando sucesivamente los dedos índice, corazón y anular. "Los europeos pretendíamos un milagro".

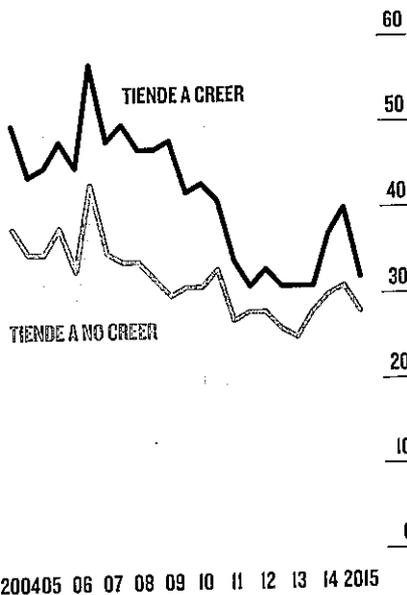
En *In Defence of Europe* (Oxford University Press, 2016), Tsoukalis menciona un artículo que publicó Martin Feldstein en 1997. El entonces director de la NBER (la Agencia Nacional de Investigación Económica estadounidense) cuestionaba que el euro fuera necesario. "La expansión comercial experimentada por Europa y el mundo en las pasadas décadas no ha requerido ninguna unión monetaria", escribía. Y lejos de facilitar la integración política, el corsé de Maastricht podía exacerbar las tensiones. Europa era demasiado heterogénea. "Las caídas de la demanda que afectan a Alemania tienen poco que ver con las que afectan a España", explicaba Feldstein. Por ejemplo, la primera es más vulnerable a una contracción del consumo chino y la segunda, a las fluctuaciones del turismo. Cuando cada una disponía de su banco central, podía adecuar la política monetaria a su coyuntura particular. Pero dentro del euro esa opción está descartada. Hay una talla única de tipos.

¿Y no se dan también esos choques asimétricos en Estados Unidos? ¿Cómo se las arreglan allí? Para empezar, la fuerza laboral es más móvil. "Un desplome de la demanda no tiene por qué agravar el paro si los trabajadores [...] se desplazan allí donde hay vacantes", decía Feldstein. Además, cuentan con estabilizadores automáticos. "La mezcla de una menor presión fiscal y mayores transferencias (subsidios y ayudas sociales) implica que, por cada dólar que cae el PIB de un estado, recibe de Washington unos 40 céntimos [...]. Nada de esto existe en Europa".

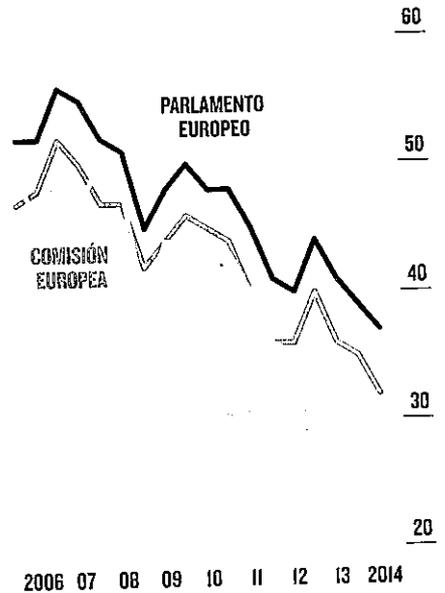
Los promotores del euro eran conscientes de estas limitaciones, pero les quita-

### CAE LA FE EN EUROPA Y SUS INSTITUCIONES...

¿TIENDE USTED A CREER O NO EN LA UE? % de la UE.

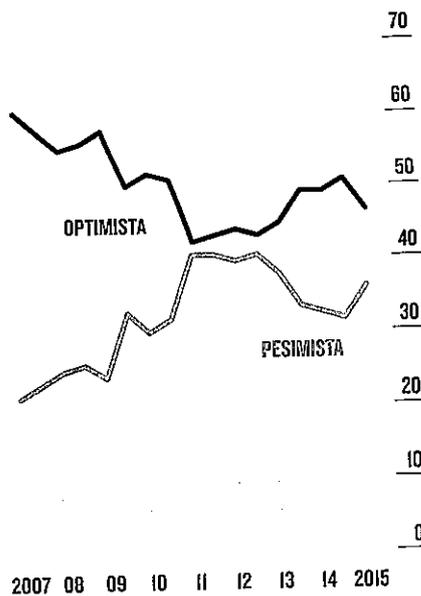


EUROPEOS QUE CONFÍAN EN LOS ORGANISMOS COMUNITARIOS En porcentaje.

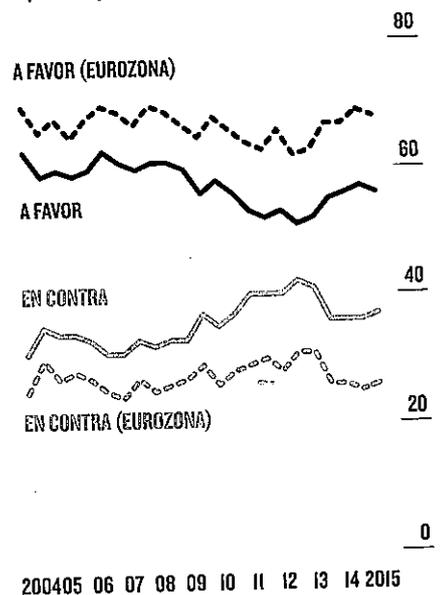


### ...PERO NO PERDEMOS EL BUEN ÁNIMO

¿DIRÍA USTED QUE ES OPTIMISTA O PESIMISTA SOBRE EL FUTURO DE LA UE? En porcentaje.



¿ES USTED PARTIDARIO DE LA MONEDA ÚNICA? En porcentaje.



Fuente: Eurobarómetro.

ron importancia. También aceptaron la imposición alemana de que el BCE no actuara como prestamista de último recurso. Los teóricos ordoliberales creían

que no solo conjuraban así cualquier deriva inflacionista, sino que reducían el riesgo moral, porque la ausencia de rescate por parte de la autoridad monetaria

obligaría a los Gobiernos a ser más cautos con el gasto.

"Yo nunca me creí eso", dice Tsoukalis. Duda incluso que se lo creyeran los responsables del invento. Su prioridad era otra. "El euro fue una iniciativa francesa para gestionar el problema alemán. Respondía a la vieja lógica de Robert Schuman". Del mismo modo que el Tratado de Roma perseguía un objetivo político (la reconciliación) con un medio económico (la Comunidad del Carbón y del Acero), la moneda única pretendía neutralizar a la Alemania de Helmut Kohl, que se había convertido en un gigante inmanejable tras la reunificación. En lugar de lidiar a solas con el Bundesbank, François Mitterrand lo metió en el consejo del BCE, donde el voto de sus tradicionales aliados mediterráneos le daba la mayoría. "Empleaba un instrumento económico para conseguir un fin político", observa Tsoukalis. "Es la misma filosofía de Schuman".

"Y con la que tan bien nos había ido", apunto.

"¡Extremadamente bien!", reconoce.

Por desgracia, como postula el Principio de Peter, "cualquier método que haya funcionado en el pasado se irá aplicando a situaciones cada vez más complicadas hasta que falle". El euro fue una de esas situaciones. La gota que colmó el vaso. La brizna que rompió el espinazo del camello.

**LA DURA REALIDAD.** Inicialmente, todo evolucionó de acuerdo con los planes previstos. El paro caía, la actividad crecía, el comercio fluía y, en mayo de 2008, la Comisión emitió un comunicado en el que calificaba los primeros 10 años del euro de "éxito resonante".

Pero por debajo de esta tersa superficie había violentas divergencias de competitividad que se reflejaban en balances comerciales dispares. Mientras Alemania encadenaba un superávit tras otro, en la Europa mediterránea los déficits rondaban los dos dígitos. Nadie daba, sin embargo, importancia a estos desequilibrios. Después de todo, los europeos compartíamos moneda, como los estadounidenses. ¿Se inquietaban en Texas por el saldo de su balanza con el resto del país? En absoluto. Cualquier desfase se cubría

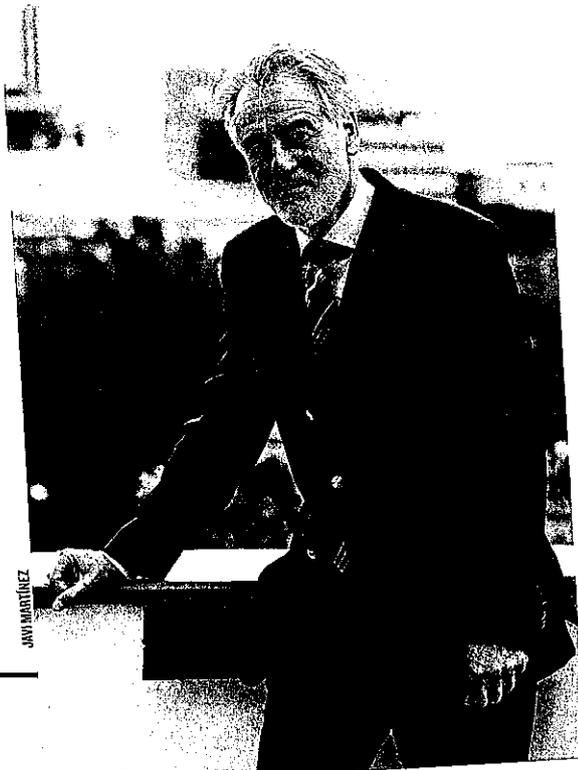
endeudándose en los mercados de capitales por un importe equivalente.

Hasta que Lehman Brothers quebró. El dinero emprendió entonces la tradicional huida hacia los activos seguros y el sur de Europa se encontró con que nadie compraba sus bonos.

"La primera víctima fue Grecia", recuerda Tsoukalis, y su caso "sirvió para construir el relato oficial" de la crisis: el irresponsable derroche público en que se había incurrido había abocado el país al desastre, no se había respetado el Pacto de Estabilidad, etcétera. "Era un diagnóstico que no encajaba en absoluto con lo que había pasado en Irlanda o España", observa, "pero llevaba en cualquier caso implícito el tratamiento que inmediatamente se prescribió".

Atenas se vio atrapada en el peor de los mundos. No podía devaluar ni esperar ayuda de sus socios, porque en la eurozona no había rescates. El ajuste debía ejecutarse mediante una brutal reducción del gasto, público y privado. Las empresas se quedaron sin crédito, la inversión y el consumo se desplomaron y el paro inició una imparable escalada hacia el 28%. Por si esto no bastara, Bruselas im-

Loukas Tsoukalis no cree que la UE vaya a estallar, pero sí alerta de que, como no reaccione, se expone a un lento e irreversible declive.



puso una agenda de reformas que en el largo plazo debía mejorar la productividad, pero que en el corto ocasionó más despidos.

La reacción ciudadana fue la previsible. "Los miembros de la troika necesitaban una nutrida escolta para desplazarse por Atenas", escribe Tsoukalis. El rechazo no se limitó a Grecia. Al Reino Unido tampoco le gustó la injerencia de la UE en los asuntos internos de un socio y se autoexcluyó de las nuevas regulaciones, con una retórica nacionalista que enardeció a los escépticos de UKIP y empezó a allanar el camino para el referéndum.

Lo peor de todo es que esta medicina de caballo no tranquilizó a los mercados. La prima de riesgo de Irlanda, Portugal, España y, sobre todo, Italia no hacía más que subir y, con gran dolor de su corazón, Berlín debió mirar para otro lado mientras Mario Draghi anunciaba en julio de 2012 que "el BCE está listo para hacer lo que sea preciso para preservar el euro. Y créanme, será suficiente".

El gobernador empezó a bombear liquidez al eurosistema. Las entidades del sur pedían dinero a sus bancos centrales, que acudían a Fráncfort, donde los del norte tenían depositados sus excedentes. Esta circulación es normal dentro de una unión monetaria, pero si resulta que esa unión no es tan irreversible, quienes tienen posiciones acreedoras pueden legítimamente empezar a inquietarse por sus ahorros. El economista alemán Hans-Werner Sinn (el cuarto más prestigioso del país, según *Handelsblatt*) llevaba un año denunciando que el saldo deudor del BCE con el Bundesbank rondaba los 800.000 millones y se preguntaba si esos ingentes caudales, esforzadamente reunidos por sus compatriotas, estaban a buen recaudo en manos de Draghi.

Así se cerró el círculo. La gestión de la crisis había conseguido indignar a todos. Los socios mediterráneos sufrían los rigores de una austeridad cada vez más contestada, el Reino

## ¿HACIA DÓNDE VA EUROPA?

Unido se iba aislando paulatinamente y Alemania y sus aliados protestaban por la prodigalidad del BCE.

**EL CULTO EUROPEO.** La UE funcionó, dice Tsoukalis, mientras la rígida Alemania compartió el liderazgo con la flexible Francia, pero este equilibrio ha saltado en pedazos durante la Gran Recesión. El frente latino, capitaneado por un París cada vez más débil, ha sido incapaz de contrarrestar la pujanza de Berlín, que ha constituido un poderoso bloque luterano con sus amigos del norte y el este. El maquiavélico plan de Mitterrand no ha podido salir peor.

Tsoukalis compara la situación actual con una especie de iglesia gobernada por un pontífice germano, que predica la austeridad a los pecadores feligreses del sur y a los descreídos británicos. Esta obsesión por convertir a la humanidad a la fe ordoliberal ofrece, sin embargo, dos pegas. La primera es técnica. "La balanza comercial de todo el mundo no puede arrojar superávit", dice Tsoukalis. "Hace falta que alguien esté en déficit. Si cada miembro de la eurozona exportara tanto como Alemania, ¿quién sería el consumidor de último recurso? ¿Estados Unidos? Sus números rojos ya rondan el 5% del PIB. ¿China? Es dudoso".

El segundo problema son las enormes tensiones políticas que genera. En Grecia los dos partidos tradicionales se han volatilizizado y su lugar lo ocupa la izquierda radical de Syriza. En España Podemos ha estado a punto de dar el sorpasso al PSOE. En Francia Marine Le Pen lidera los sondeos para las próximas generales. En Italia, la candidata del populista Beppe Grillo al

ayuntamiento de Roma ha infligido una humillante derrota al primer ministro Matteo Renzi. "Europa ha decepcionado a muchos", dice Tsoukalis, "y los líderes populistas aprovechan para ofrecer sus remedios utópicos".

Como auguró Feldstein, el euro ha resucitado los viejos demonios familiares. El fantasma antialemán recorre el continente y, seguramente con el propósito de atenuarlo, Merkel abrió el año pasado los brazos a los refugiados. "Muchos alemanes deseábamos que nos quisieran", me comentó en noviembre Juergen Donges, el director del Instituto de Política Económica de la Universidad de Colonia. "Habíamos sido los malos del euro y ahora por fin podíamos exhibir un gesto de generosidad".

Era una loable intención, pero el momento no pudo ser más desafortunado. En el Reino Unido, los euroescépticos, que ya estaban hartos de la inmigración polaca y rumana, decidieron coger definitivamente la puerta.

**UN NUEVO CONVOY.** "El euro nació cojo", reconoce el alto funcionario de Bruselas, "pero la unión fiscal o bancaria no podían acometerse antes porque los países se resisten a ceder soberanía mientras no es indispensable".

"Es verdad que la desafortunada gestión de la crisis es responsable de parte del descontento", dice Federico Steinberg, "pero este se alimenta también de factores de los que la UE no tiene la culpa, como la globalización o el declive geopolítico. ¿Qué es lo que reclama el votante del Frente Nacional? Que Francia vuelva a ser lo que era en los 60: una potencia militar y un modelo en lo social y lo económico. Eso es imposible. El mundo ha cambiado, han irrumpido China, India, Brasil..."

"Existe un malestar difuso", coincide Salvador Llaudes, "que está fomentando una creciente desafección hacia la Unión".

Boris Johnson ha aprovechado el malestar contra la globalización para impulsar el antieuropeísmo.

"Y eso ha sido así por la falta de liderazgo de los dirigentes europeos", apunta el alto funcionario. "Los jefes de Gobierno no acuden a Bruselas con la idea de impulsar un proyecto común, sino a ver qué pueden sacar. Y cuando regresan a Madrid o Londres se felicitan de sus logros para España o para el Reino Unido. A Europa únicamente se refieren para achacarle lo malo, los recortes y las reformas impopulares".

"Hacen falta iniciativas sugestivas", dice Steinberg, "pero no es fácil".

"Tsoukalis ha planteado un subsidio de paro comunitario y grandes inversiones en infraestructuras", concreta Llaudes, "y constituirían un buen modo de recuperar una parte del apoyo ciudadano".

Steinberg está de acuerdo, pero el alto funcionario lo considera "imposible ahora mismo. Alemania y sus socios se negarían. Hay que avanzar", concede, "pero en otros terrenos: terrorismo, inmigración... La salida del Reino Unido podría ser una bendición. En defensa se ha dedicado básicamente a boicotear cualquier avance".

El *brexit* es una crisis que no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar. "Nos obliga a replantearnos todo", coincide Llaudes. El dilema ya no es más Europa o menos Europa. Habrá casos en que haga falta más y casos en que haga falta menos. "Lo lógico", dice, "es que se consolide una Europa de varias velocidades".

"Con tantos países no podía ser de otro modo", dice el alto funcionario.

Steinberg tiene una visión aún más radical. "El proyecto europeo es la moneda única", asegura. "Quienes no se incorporen a ella podrán conservar una relación como la que ahora mantienen Suiza o Noruega. Pero el resto debe ir hacia una integración cada vez mayor, porque el euro necesita un verdadero Parlamento".

El destartalado utilitario y las reglas que nos han traído hasta aquí no dan más de sí. "Deberíamos reconsiderar los requisitos que han de reunir tanto quien se siente al volante como quien quiera viajar", escribe Tsoukalis. "Quizás haya que deshacerse del exceso de pasaje para que podamos sentarnos más cómodamente"; habría que "repartir a los socios en dos o más vehículos, que viajen a distinta velocidad", y desde luego "el euro podría requerir un coche aparte".

